

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 195 *Editorial*

ENERO-MARZO DE 2025

EN MEMORIA DE

**MARÍA
LUISA
TARRÉS**

(1944-2023)



Í N D I C E

Presentación

■ 2

Una semblanza biográfica

■ *Sofía Argüello Pazmiño* ■ 3

Elogio a María Luisa

■ *Velia Cecilia Bobes* ■ 5

Cinco lecciones de María Luisa Tarrés

■ *Gustavo Urbina* ■ 8

María Luisa, la de las puertas abiertas

■ *Cristina Herrera* ■ 13

En memoria del legado de
María Luisa Tarrés

■ *Ana María Tepichin Valle* ■ 16

Una reflexión sobre el concepto
de la “voluntad de ser”

■ *Francisco Zapata* ■ 21

La voluntad de ser

■ *María Luisa Tarrés* ■ 23

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 555449 3000, ext. 3077

Presidenta SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ *Secretario general* VICENTE UGALDE SALDAÑA ■ *Coordinadora general académica* ANA COVARRUBIAS VELASCO ■ *Secretario académico* PATRICIO SOLÍS ■
Secretario administrativo ADRIÁN RUBIO ■ *Directora de publicaciones* GABRIELA SAID ■ *Coordinadora de producción editorial* CLAUDIA PRIANI ■ *Editora* MARIANNA CABRERA VIZCARRA ■
Correctora ALETHIA ERANDI OCHOA MANRIQUE ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinador de promoción y ventas* JULIO LEGORRETA BALBUENA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 195, ENERO-MARZO DE 2025

Impresión: Jair Gerardo Seres Hernández, ubicados en Esmeralda 100-303, col. Valle Escondido, 14600, Tlalpan, Ciudad de México, México.

Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PÉREZ


ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.

Presentación



A un año del fallecimiento de María Luisa Tarrés —quien fuera una destacada investigadora en temas de movimientos sociales, acción colectiva, métodos cualitativos para la investigación social y estudios de género—, tuvieron lugar en las instalaciones de El Colegio de México dos emotivos homenajes organizados por el Centro de Estudios Sociológicos y el Centro de Estudios de Género. Ambos eventos reunieron a colegas, estudiantes, familiares, amigas y amigos de la doctora Tarrés para charlar sobre su legado en la investigación en ciencias sociales, pero también sobre el impacto que tuvo más allá de la academia en las vidas de las personas que convivieron con ella y la quisieron profundamente.

El presente número del *Boletín Editorial* reproduce algunos de los discursos pronunciados en aquellos homenajes para honrar la memoria de María Luisa Tarrés. Además, compartimos con los lectores la semblanza biográfica escrita por su alumna Sofía Pazmiño Argüelles para el *Diccionario biográfico de mujeres de El Colegio de México. Las generaciones constructoras*, y un fragmento del famoso y ya muy citado texto *La voluntad de ser*. 

Una semblanza biográfica**

María Luisa Tarrés Barraza (Santiago, Chile, 1944 - Ciudad de México, México, 2023)

Socióloga feminista. Especializada en sociología de los movimientos sociales y de la acción colectiva, en métodos cualitativos para la investigación social y estudios de género.

Hija de Ignacio Tarrés Serra y María Luisa Barraza Rodríguez, María Luisa nació en Santiago de Chile el 4 de octubre de 1944. Fue la primera de tres hermanas. También tiene dos hermanos, hijos del segundo matrimonio de su padre. Su padre, hijo de catalanes, fue ingeniero químico y empresario industrial. Su madre, chilena, fue parvularia, maestra de educación básica y directora de diversas escuelas.

Influida por sus profesoras del área de Humanidades del Liceo 7 de Santiago, ingresó a la Universidad de Chile a estudiar la nascente carrera de Sociología en 1962, luego de obtener los más altos puntajes en los exámenes de ingreso. En la licenciatura participó como asistente de investigación en varios proyectos y desarrolló una vocación académica gracias a las clases de Alain Touraine,

Fernando Henrique Cardoso y otros profesores extranjeros y chilenos. Obtuvo el grado en 1968. En la Flacso, Sede Chile, trabajó con el sociólogo francés Bernard Mottez y ahí conoció a Francisco Zapata Schaffeld, con quien se casó en 1967 y con quien viajó a Francia a realizar estudios doctorales. Tuvieron dos hijas y cuatro nietos, todos mexicanos con nacionalidad chilena. Tarrés fue profesora-investigadora del CES, centro al que Zapata está adscrito.

Llegó a la Universidad de París en 1968 donde cursó el Doctorado en Sociología gracias a una beca del gobierno francés. Bajo la dirección de Michel Crozier, especialista en sociología de las organizaciones, desarrolló su tesis doctoral sobre el Servicio Nacional de Salud de Chile. Durante su estancia en Francia conoció a Rodolfo Stavenhagen, en ese entonces funcionario de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra, quien organizaba encuentros con estudiantes latinoamericanos en Europa.

Atraída por el inminente triunfo electoral de Salvador Allende y la Unidad Popular, regresó a Chile en 1970. Se incorporó como profesora en la Universidad de Chile en Valparaíso, donde terminó y envió su tesis doctoral a Francia. Meses más tarde su esposo fue contratado para trabajar en la empresa minera de Chuquicamata, nacionalizada por el presidente Allende en 1971 y principal yacimiento de cobre del país. En ese contexto minero y masculino, Tarrés cuestionó a la geren-

* Es doctora en Sociología por El Colegio de México.

** Tomado de Gabriela Cano y Saúl Espino Armendáriz (coords.), *Diccionario biográfico de mujeres de El Colegio de México. Las generaciones constructoras*, México, El Colegio de México, 2024, pp. 287-289.


cia de la empresa por la división social y sexual del trabajo y la organización del campamento de los obreros y sus familias. En una reafirmación de su oficio como socióloga, fue contratada por la Central de Estudios de la Subgerencia de Relaciones Industriales de la compañía de cobre y llevó a cabo estudios destinados a reorganizar las reglas y la estructura administrativa de la empresa para adaptarse a la realidad nacional. Asimismo, activó políticas y proyectos locales en torno a necesidades de vivienda digna de las familias obreras, de transporte y uso del espacio en el enclave minero, organización de escuelas técnicas y secundarias, fomento de becas para el personal de la planta y los estudiantes y personal, así como la apertura de guarderías, donde cuidaban a su primera hija.

Después del golpe de Estado de 1973 y de la represión que significó desempleo y muchas pérdidas humanas dentro del mineral, María Luisa y Francisco recibieron ofertas de trabajo de sociólogos amigos en Reino Unido, Francia y México. Con el apoyo de Rodolfo Stavenhagen, decidieron viajar a México para continuar investigando sobre las sociedades latinoamericanas y para que su hija creciera en un ambiente cultural hispanohablante.

Entre 1974 y 1985 Tarrés fue investigadora en empresas y organismos públicos en lo que trabajó sobre temas de vivienda social, desarrollo rural e industria, a la vez que colaboró en El Colegio de México como investigadora de proyectos. En 1983 volvió a Francia durante un año para realizar una estancia de capacitación en el método de intervención sociológica con el grupo de investigación sobre movimientos sociales de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, a cargo de Alain Touraine.

Desde 1985, como profesora-investigadora del CES, promovió las cátedras “Sociología de la acción colectiva” y “Métodos cualitativos para la investigación social”. En el CES investigó y publicó extensamente sobre prácticas políticas, acción colectiva, ciudadanía, género y feminismo, relaciones sociales, demandas urbanas de sectores populares y de clases medias integrando, siempre, el papel y la participación de las mujeres. Además, participó como docente y directora de tesis en el PIEM, después

PIEG, que en 2021 se consolidaría como el CEG, contribuyendo así con este campo de estudios en El Colegio de México.

Su vínculo con El Colegio le permitió estudiar sobre México, pero también fue parte de redes académicas con universidades latinoamericanas, europeas y estadounidenses. En su larga trayectoria docente, acompañó y formó a numerosas generaciones de sociólogas y sociólogos comprometidos con la investigación. 

Obra seleccionada

TARRÉS BARRAZA, María Luisa, “Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva”, *Estudios Sociológicos*, 10:30 (1992), pp. 735-757.

— (coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, México, Flacso/El Colegio de México/Porrúa, 2001.

—, “Discurso y acción política feminista (1970-2000)”, en Marta LAMAS (ed.), *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX*, México, Conaculta/FCE, 2007, pp. 113-148.

—, “Las identidades de género como procesos sociales: rupturas, campos de acción y construcción de sujetos”, en Rocío GUADARRAMA y José Luis Torres (coord.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global*, México, Anthropos/UAM-Iztapalapa, 2007, pp. 25-40.

Referencias

Archivo personal de María Luisa TARRÉS BARRAZA. El Colegio de México, A. C., “80 años de El Colegio de México, Historia Oral. Comentarios por: María Luisa Tarrés”, YouTube, 8 de septiembre de 2020. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=aT9mxlG1s3Y>, consultado el 30 de junio de 2022.

Entrevista de Sofía ARGÜELLO PAZMIÑO y Edison HURTADO a María Luisa TARRÉS BARRAZA, 15 y 16 de noviembre de 2021.

Elogio a María Luisa*

Ante todo, quiero agradecer a El Colegio de México, al Centro de Estudios Sociológicos y, muy especialmente, a su directora, la doctora Lilitiana Rivera por invitarme a esta Ceremonia de homenaje a nuestra querida profesora María Luisa Tarrés. No solo por el gran honor que representa para mí hablar de ella ante sus colegas, sus alumnos, su familia y mi entrañable profesor Zapata, sino porque preparar estas palabras me ha permitido el privilegio de recorrer de nuevo su trayectoria académica, pedagógica y humana, y sistematizar algunos de los aportes que hizo a la sociología.

María Luisa fue un ser humano excepcional y una maestra en todo el sentido de esa palabra. Con ella tomé cursos y tuve la inmensa fortuna de que fuera mi directora de tesis; por ello puedo decir que hablo aquí como su alumna, pero eso sería solo parte de la verdad, porque además ella fue mi mentora y mi amiga.

De entre las muchas aristas relevantes de su trabajo, he elegido comenzar este elogio sobre su magisterio, enumerando algunas de sus importantes contribuciones a las ciencias sociales —específicamente en los campos de la acción co-

* Es profesora-investigadora en FLACSO México.

** Palabras pronunciadas durante el Homenaje *in memoriam* a María Luisa Tarrés, organizado por el Centro de Estudios Sociológicos el 26 de noviembre de 2024, en la sala Alfonso Reyes de El Colegio de México.



Presidium del Homenaje *in memoriam* a María Luisa Tarrés, organizado por el Centro de Estudios Sociológicos.

lectiva, los estudios de género y la metodología de la investigación—.

Si bien, en ocasiones, he sentido que su obra es más conocida por sus aportes al campo de los estudios de género, pienso que su mayor contribución a las ciencias sociales hay que buscarla en lo que constituye su punto de partida y el núcleo básico de su pensamiento; esto es, en el despliegue de una propuesta para entender los procesos sociales enfocándose en las dimensiones de la acción social, la constitución de actores, las identidades y los procesos de cambio.

En toda su producción académica, cualquiera que fuese su foco temático específico, se revela

esa mirada que privilegia al actor y sus prácticas, en su relación con un contexto determinado. Desde esta perspectiva, todo su trabajo recoge y enfatiza los temas de la exclusión y la integración, de la marginalidad y la pertenencia, como marcas indelebles de la historia de las sociedades latinoamericanas.

A esta visión de lo social y a su interés por los estudios latinoamericanos, coadyuvaron no solo su cultura sociológica, su inteligencia y su habilidad para comprender, sino las circunstancias de su biografía personal y su condición de mujer exiliada. Permítanme citarla porque nada puede igualar sus palabras para ilustrar esta idea (la cita es larga, pero merece la pena escucharla):

Es común reconocer que las personas que comparten condiciones identitarias complejas, marcadas por biografías densas en compromisos y proyectos, pero también por rupturas y exilios, normalmente sufren por su comunicación con los y las otras. Sin embargo, es poco usual —y esto quiero subrayarlo basándome en mi experiencia de chilena exiliada y luego adoptada por México— reconocer que gozamos de algunos privilegios otorgados justamente por esa condición de extranjería que curiosamente no sólo se adquiere en el lugar de llegada sino también en el de origen. Uno de esos privilegios, es moverse entre mundos diferentes con una facilidad de la que normalmente carecen los nativos de un lugar, de una nación. Se trata de una capacidad que se desarrolla poco a poco, a veces a contracorriente con los propios deseos y que, sin embargo, permite valorar, conocer espacios, transitar entre gentes y formas de vida muy distintas. Y esa experiencia trashumante, tiene la gran ventaja de enseñar a pensar lo social, permite desarrollar una capacidad de reflexión, pues aquello que fue vivido como natural, porque así fuimos socializados, no resultó serlo, y porque el código aprendido como universal y único, fue además inadecuado para desentrañar las claves del mundo al que llegamos. Debimos, en resumidas cuentas, distanciarnos de lo propio y de lo ajeno para comprenderlo y pensarlo desde una postura distinta [...] Son las ventajas que se des-

cubren, cuando se vive dentro de una condición que, aunque por naturaleza es dolorosa, se trastoca, pues vivir en los márgenes de la sociedad por esa distancia que proporciona la no pertenencia, tiene profundos significados vitales y quizá por lo mismo, también tiene consecuencias para enfrentar el conocimiento, especialmente de lo social y de la cultura.¹

Es en esta clave que, pienso, deben leerse sus contribuciones a los estudios de género. María Luisa, hay que recordarlo, ya era feminista en una época donde no estaba muy de moda serlo; pero ese compromiso militante lo encaró en la academia desde su condición de socióloga y comprometida con la producción de conocimiento científico, sin confundir ambos planos ni escatimar rigor a su trabajo intelectual. Ella insistía siempre en ver las diferencias de género como una dimensión de la desigualdad, y nos convocaba a entender las relaciones de género desde una postura crítica que las conectara con las realidades concretas de subordinación que, en países como los nuestros, se cruzan, empalman e intersectan, con subalternidades políticas, económicas, étnicas y de clase, entre otras. En consonancia con estas ideas, en este campo de estudios la lista de sus aportes es larga, ya que sus investigaciones abarcaron temas diversos que van desde la participación política de las mujeres, sus esfuerzos asociativos y su presencia en la sociedad civil, la cultura política, y el trabajo de las instituciones dedicadas a promover la igualdad de género y la protección de los derechos de las mujeres; así como las prácticas, valores y normas culturales que marcan la vida de las mujeres en América Latina. En este ámbito temático, además, una de sus contribuciones más sobresalientes es el análisis crítico del pensamiento feminista y los debates académicos sobre el tópico.

La asunción de estas perspectivas analíticas y la elección de sus temas de investigación, la llevaron a explorar sobre lo que constituye el tercero de los campos temáticos a los que realizó grandes

¹ Tarrés, María Luisa, “De la necesidad de una postura crítica en los estudios de género”, *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, vol. 2, núm. 13, 2001, pp. 107-108.

aportes: las metodologías cualitativas. En este campo, fue pionera en México. Así lo prueban las varias ediciones y la enorme cantidad de citas a su libro sobre métodos cualitativos, el cual ha terminado por convertirse en referente obligado para estudiantes e investigadores. Este texto, más que una colección de técnicas, constituye un esfuerzo de reflexión crítica sobre los principales problemas y desafíos de la investigación cualitativa.


Ya desde su título, María Luisa nos invita a *Observar, escuchar y comprender*, reivindicando la relevancia del sujeto, la importancia de los significados y del trabajo de interpretación para el análisis de los problemas sociales.

Este libro, nos cuenta María Luisa en el capítulo introductorio, no se planeó, sino que resultó de su curiosidad y de su obstinación. Consciente de la existencia de un cierto malestar “compartido” ante los déficits de las estrategias metodológicas convencionales para responder a preguntas de investigación referidas a identidades, motivos, comportamientos y elecciones de los actores, María Luisa diseñó un curso sobre Métodos Cualitativos que se convirtió en un espacio de intenso diálogo y debate entre quienes fuimos sus estudiantes. Bajo su guía, escribimos los capítulos que terminaron siendo publicados.

A pesar del rigor, la profundidad y la postura crítica con los que condujo aquellos debates, recuerdo esa experiencia como una de las mejores de mi etapa de estudiante del doctorado porque ella era una maestra exigente, pero cálida, y con una gran disposición para escuchar al otro. María Luisa,

además, como sabemos todos los que la conocimos, era una persona muy alegre y divertida; por ello, los meses que pasamos en el curso, y luego en el seminario que siguió para la elaboración de la versión final del libro, fueron tan productivos como placenteros.

Aunque ya me he extendido en esta intervención, no puedo terminarla sin una referencia íntima, afectiva y emocional a la persona detrás de la académica, la maestra y la intelectual. Quiero recordar y celebrar hoy aquí, su inmensa generosidad y calidad humana. María Luisa fue extremadamente generosa con su tiempo y sus conocimientos como maestra, también lo fue para darnos su amistad, su cariño y su apoyo, siempre sonriente y de buen humor, y para abrirnos su casa y su corazón.

Personalmente, mi deuda con ella es impagable, tanto desde el punto de vista intelectual, como humano. A ella le debo tantas cosas que no podría enumerarlas en tan breve tiempo, pero una de las más importantes es que me supo transmitir una mirada sobre la realidad social que me ha servido de guía para encarar el estudio de muy diversos procesos; así como el compromiso con la investigación desde la disciplina y el rigor académico. Ella me acompañó generosa y sabiamente en el ejercicio de mi tesis doctoral, el cual fue el mayor aprendizaje que he tenido como investigadora. Desde entonces, algo suyo está presente en cada uno de los trabajos que he escrito y publicado. Quiero pensar que estaría orgullosa de los pocos aciertos que puede haber en ellos, a la vez que sabría disculpar sus errores y faltas. 

Cinco lecciones de María Luisa Tarrés**

Buenas tardes a todas las personas que nos acompañan el día de hoy. Me siento particularmente honrado de formar parte de quienes hoy podemos compartir nuestro profundo cariño y agradecimiento por María Luisa, y, muy especialmente, por poder dirigir estas palabras frente a su familia, sus amistades y una parte de la mar de gente que le guardamos gran aprecio y que pudimos reunirnos el día de hoy en esta sala.

No voy a mentirles. No conocí lo suficiente a la profesora Tarrés, al menos no tanto como me hubiese gustado hacerlo. Sin embargo, ella me conocía bastante bien, lo suficiente como para saber que la honra de hablar el día de hoy es solo proporcional a mi pánico escénico por hablar de manera totalmente personal. En aquel ya lejano 2010 en que fui su estudiante, María Luisa ya me lo decía con su singular ingenio: “A ti te gusta aburrirnos hablando de libros o hacerte el chistoso para no compartirnos lo que sientes y piensas realmente”. Hoy no hablaré de libros ni seré jocosos, esto último al menos no voluntariamente. Por ello, me voy a permitir leer la mayor parte del tiempo para evitar que me traicionen mis imprudencias comunes o que me desborde la ansiedad.

* Es profesor-investigador en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

** Palabras pronunciadas durante el Homenaje *in memoriam* a María Luisa Tarrés, organizado por el Centro de Estudios Sociológicos, el 26 de noviembre de 2024, en la sala Alfonso Reyes de El Colegio de México.

María Luisa cambió mi vida, no solo por ser mi profesora, sino porque fue una gran maestra y amiga. Como no quiero hablar de ella para terminar hablando sobre mí, me permití preparar unas notas sobre lo que su presencia nos legó a muchos y muchas en la parte más humana de nuestro trabajo del día a día: me refiero a la docencia.

Como pocas personas, María Luisa Tarrés era muy consciente de que impartir clase era no solo un privilegio, sino un acto de diversión y de goce donde se jugaba un asunto bien serio: no solo se trataba de formar nuevas generaciones de investigadores e investigadoras, se trataba de moldear a formadores y formadoras de mejores personas. En esa labor, ella fue, sin duda, una de las más competentes. Por eso, hoy quiero compartirles cinco aprendizajes que me dejó el placer de trabajar con ella.

1. Ser inteligente no es licencia para el cretinazgo

María Luisa era profundamente brillante, no lo digo solo yo, sino 9 de cada 10 personas que la tratamos en vida. Fue una mujer de mente ágil, singularmente ingeniosa y, en ocasiones, mordaz. Con menuda gracia y sutil picardía podía hacerte saber que estabas totalmente errado en un planteamiento, la formulación de una idea o una aseveración.

El tradicional “...pero, ¿qué es eso, chiquillo?!” de María Luisa te arrancaba una risa cuando te



percatabas de que, por juventud o por falsa pretensión, estabas diciendo una reverenda estupidez. Pero he ahí el gran carisma y talento de nuestra querida profesora Tarrés: te reías con ella; no se burlaba de ti. Te dabas cuenta de tus errores, pero nunca te hacía sentir como un idiota. Te hacía ver tus fallas, pero nunca te propinaba una majadería.

La frase se volvió tan común para mí que, hasta la fecha, puedo escuchar a la risueña María Luisa cada que vuelvo al vicio de complicarme la existencia con insensateces.

2. La experiencia se pone al servicio de los demás, no del ego

En El Colegio de México, como en muchas otras instituciones, es frecuente que las personas suelen recalcar, quizá con excesiva frecuencia, cuáles son los años que llevan impartiendo clases o haciendo investigación. Desde luego que eso no tiene nada de malo; los años de experiencia son casi siempre un orgullo para quien los porta. Sin embargo, es

cierto que, cuando la autocrítica escasea, solemos pasar por alto que más años realizando un trabajo o una labor no siempre equivale a que lo hagamos mejor. En algunos casos —no sé si muchos o pocos—, el tiempo recorrido no se traduce en aprendizaje, sino en la necedad de que lo que se hace, se hace bien solo porque lo hacemos nosotros.

María Luisa es una rarísima excepción. Desde la primera vez que conversé con ella, hace poco más de veinte años, y hasta la última vez que tuvimos oportunidad de platicar, nunca la escuché hacer la contabilidad de sus años en la senda académica. Por el contrario, en una de las tantas ocasiones que me pidió ayudarle a ordenar sus documentos para el SNI, solía reírse del montón de hojas que se gastaban para imprimir su *curriculum vitae*.

Nunca tuvo necesidad de vanagloriarse de sus años junto a Touraine y Crozier ni de sus más de cincuenta años de trabajo, casi cuarenta de ellos en el CES. María Luisa no cacareaba su experiencia, sino que la movilizaba. Sus años de servicio se le notaban en la mar de anécdotas disponibles en el cajón de la memoria para ayudarte a pensar como colega, estudiante o colaborador.

Es curioso porque, en un circuito como el académico y en una actividad como la nuestra, donde parecería que la seguridad en uno mismo tiene que estarse desplegando constantemente a través de la autoafirmación, personas como María Luisa nos enseñaban que los años no se portan para engordar el ego, sino para enriquecer el aprendizaje de otros.

Quizá es por eso por lo que su combinación entre la militancia, la tenencia de familia y sus incursiones por el estudio de lo organizacional, las clases medias, la subjetividad, la politización de las mujeres y las resistencias servían para dar cuenta de algo que hemos perdido un poco en el oficio. La curiosidad intelectual y la riqueza humana son mejores fuentes de pericia que la ultraespecialización.

3. No diga mafufadas

Si María Luisa estuviera escuchándome, seguramente estaría haciendo gestos desde su asiento,



María Luisa en su estudio, 1990.

señal inconfundible de que me tendría reservada su tradicional frase: “No digas mafufadas”.

Como dije antes, María Luisa era generosa, pero poco tolerante a los disparates. Entre otras cosas, quizá como muchas otras personas que estudiaron con ella, de mí solía hacer mofa por mi uso intrincado del lenguaje. Siempre me lo dijo, incluso hasta una de las últimas veces que llegamos a conversar: “...chiquillo, cómo eres barroco”. Me lo tenía bien ganado la mayoría de las veces y, quizá igual que ahora, no tenía nada inteligente que decir y, desperdiciando la oportunidad de quedarme callado, terminaba enunciando algo excesivamente complicado, casi extravagante y con un tono hasta pasado de moda.

Sin embargo, dije que no hablaría de mí. Traigo la anécdota a colación porque María Luisa siempre fue asombrosa para transmitir ideas complejas de una forma sencilla y sumamente pedagógica.

Tomar clase con ella era como acompañarla a fumarse un cigarrillo con un buen café. La charla era fluida, su lucidez no palidecía frente a la simplicidad de su lenguaje, sus chispazos de sarcasmo y su peculiar forma de desbaratar un texto.

Bajo su guía como maestra, muchos aprendimos a discutir ideas y no autorías. Años más tarde, cuando solíamos juntarnos a fumar, ya no como estudiante y profesora, sino como amigos en el CES y como colegas en un mismo seminario de tesis, María Luisa me regaló un cumplido. Ni ella solía ser obsequiosa en halagos ni yo suelo sentirme cómodo ante ellos. Me dijo que al fin había madurado un poquito: “Chiquillo, ya no recitas autores como perico, ahora ya te das más tu lugar para pensar. Creo que estás listo para enseñarle a otros cómo hacer lo mismo”.

Seguro ella diría que no haga tantas olas, pues estoy seguro de que para ella fue como decirme que el agua moja, mientras que para mí fue una de las frases que todavía me hace palpitar el músculo bombeante que tengo en el tórax.

Procuro todos los días, y sin mucho éxito, no hacer ni decir mafufadas, pero me queda claro que a María Luisa le debo parte de un estilo singular para pararme al frente de un salón de clase. No lo hago tan bien como ella, ni lo hago tan mal

como antes. Solo sé que, al igual que ella me enseñó, debemos tratar de hacer lo mejor que podemos pese a ser nosotros mismos.

4. No se puede cuidar el trabajo de un estudiante sin procurarle a este como persona

Hoy se habla mucho de la supuesta oposición entre la generación de concreto y la generación de cristal. María Luisa también era muy sagaz frente a ese tema. Alguna vez le pregunté sobre su opinión al respecto en el contexto en que una estudiante nos señaló por ser insensibles frente a su caso por haberla reprobado en nuestro curso de preparación de tesis.

Fue una conversación larga, pues tanto ella como yo nos sentíamos desconcertados. Mentiría si digo que recuerdo las palabras exactas, pero sí retengo al menos sus ideas principales. Para María Luisa era absurdo dividir a la gente entre concreto y cristal. Ella me convenció de que siempre existieron las y los docentes con afición por la crueldad, así como las y los estudiantes que evitaban confrontarse con las evaluaciones o con el desengaño de la falta de vocación. Ambos eran parte de un problema añejo: los primeros, por no saber enseñar sin herir a sus aprendices; los segundos, por no querer aprender a costa de reconocer sus errores y sus propias limitaciones. Ambas partes aprovechaban el clima de una nueva época, más sensible al respeto por los derechos, para eludir sus respectivas obligaciones.

Y en eso la doctora Tarrés fue siempre congruente. Nunca le vi confundir la jerarquía estudiante-profesora con la supuesta superioridad de quien sabe y la inferioridad de quien viene a aprender. María Luisa era amable en el trato, aguda en la evaluación e implacable con la deshonestidad académica.

Sin renunciar a su rol como profesora, María Luisa solía preguntar siempre a sus estudiantes cómo estaban. A menudo interrogaba sobre sus familias, sobre la vida en general. Con gran facilidad generaba un clima propio para hablar de temas difíciles, a veces muy personales. Y no es que ella fue-

se aficionada a dar terapia a sus estudiantes, mucho menos que se sintiera con herramientas para ello.

María Luisa sabía que guiar el trabajo de un alumno o de una alumna, a veces también requería de un gesto genuino de acompañamiento y de escucha.

Muchos y muchas no me dejarán mentir. Ella no solo conocía nuestras líneas de investigación, nuestras inquietudes académicas y nuestros estilos, sino también varias de nuestras tribulaciones y más profundas angustias.

Quizá a más de uno y más de una le sucedió, pero es curioso. Ella casi nunca se quejaba de nada; su extroversión contrastaba con su timidez para desahogar sus propias preocupaciones; y, sin embargo, recuerdo que ella ha sido de las pocas personas con las cuales podía tomarme la licencia de no hablar más de libros ni de contar más chascarrillos insulsos. El cariño que me mostró y los abrazos que me dio siempre que lo necesité no me hicieron perderle el respeto como mi maestra ni me incitaron al abuso de confianza que algunos temen al ser un poco más amables con el estudiantado o con las y los colegas. Al contrario, esa fue, sin duda, una de las lecciones más valiosas para entender que la deferencia no está peleada con la generosidad.

5. En algunos casos, la vida es muy corta para solo hablar de trabajo y tratarnos como colegas...

Así, la última lección es que, en algunos casos, la vida es muy corta para solo hablar de trabajo y tratarnos como colegas. Con María Luisa tuve la suerte de convertir a una de mis más admiradas sociólogas y de mis mejores maestras en una de mis mejores amigas.


Entre el humo de muchos cigarros y la bebedera de mucha cafeína, María Luisa compartió conmigo innumerables anécdotas sobre su familia, sobre lo mucho que amaba a sus hijas, a sus nietos y, desde luego, a su Pancho, el profesor Zapata.

Con ella conversé muchas veces sobre la vida, compartiéndole mi meta ilusa de jubilarme cuan-

do ella y mis contadísimas amistades se retiraron del CES. En su compañía, me di muchas licencias para trascender mi incomodidad personal y hablar sobre mí, sobre mi familia o mis ansiedades acerca del futuro. No había un día que coincidiéramos en que no preguntara por mi madre, por mi ahora esposa —y también exalumna suya— o por mis típicos achaques de alguien que precozmente abrazó su deterioro físico, mental y espiritual.

Ha pasado un año desde que se fue, y todavía me sigue doliendo que se haya ido tan inesperadamente. De todas las charlas casuales que sostuvimos, nunca tuve la oportunidad de decirle cuánto la quería y cuánto significaba para mí su compañía en este trabajo que, a veces, no solo es solitario,

sino hasta ingrato. No sé si alguna vez se percató de cuánto llegué a admirarla y a apreciarla. Lo cierto es que, con su ejemplo, me enseñó muchas más cosas de las que hubiera podido aprenderle en el aula. Estoy seguro de que muchas otras personas comparten conmigo esa sensación.

Quizá algún día deje de extrañar verla por los pasillos de esta institución. Solo espero que lo que ella me hizo aprender sobre el oficio investigativo y de la docencia perdure por mucho tiempo más; no solo para honrarla, sino para transmitírselo a otras personas que, como yo, tuvieron la dicha de aprender cómo hacer de lo académico un trabajo divertido, dignificante y humanamente enriquecedor. 

María Luisa, la de las puertas abiertas**

Cuando una persona querida se va, ansiamos tener un momento más, una charla más, un rato más con ella. Recordarla en colectivo y no solo en los pensamientos y memorias individuales la trae de nuevo a nosotros, a nosotras. Hacer memoria de los momentos que compartimos con ella nos vuelve a enseñar, a divertir, a hacer pensar. Quizás no podamos hacer justicia y honor a la totalidad de la persona que fue María Luisa Tarrés, pero sí compartir algo de las huellas que dejó en cada uno y en cada una de nosotras.

Por eso me siento honrada de poder decir unas breves palabras en este encuentro en torno a mi querida y admirada María Luisa. Quisiera con ellas contribuir a recrear su presencia aquí, compartiendo el pedacito de ella que atesoro y que, aunque es singular, estoy segura de que tendrá mucho en común con los recuerdos y afectos de otras personas que también tuvieron el privilegio de conocerla.

María Luisa no fue formalmente mi maestra, no me dio clases ni dirigió mi tesis; fuimos colegas y compañeras, amigas, me dijo un día, y eso me bastó para sentirme muy afortunada. Fue mi maestra en la vida y en el oficio de la sociología, que ella prac-

ticaba con rigor y pasión. También me dijo un día “tú eres una buena socióloga” y ese fue para mí un nombramiento más valioso que el de cualquier sistema de evaluación. Y lo más importante, fue un modelo de mujer singular, comprometida con el conocimiento, pero también con los ideales de la justicia y la igualdad, especialmente —aunque no solo— entre hombres y mujeres.

De todo lo que se puede decir de María Luisa Tarrés, además de sus aportes a la metodología de la investigación y a la sociología de la acción colectiva, de las organizaciones y de los movimientos sociales —algo de lo que se habló ampliamente en el homenaje que le rindió el Centro de Estudios Sociológicos (CES) días atrás—, quisiera detenerme hoy en su papel imprescindible como modelo de mujer académica, algo que escaseaba cuando inicié el recorrido por esta profesión, allá lejos y hace tiempo.

La academia, y especialmente la sociología, contaba con pocos modelos femeninos con los que pudiéramos identificarnos las aprendices de científicas sociales. No es que no hubiera mujeres notables en la disciplina, simplemente no figuraban en la galería de los nombres ilustres, que eran casi todos masculinos, o bien se las incluía como representantes de subcampos menos valorados. Trabajaban “temas de mujeres” o utilizaban metodologías “blandas” y sospechosas de poco rigor.

Mi primer encuentro con María Luisa fue hace más de 30 años cuando llegué a México desde Ar-

* Es profesora-investigadora en el Centro de Estudios de Género de El Colegio de México.

** Palabras pronunciadas en el Acto conmemorativo en recuerdo de María Luisa Tarrés, organizado por el Centro de Estudios de Género, que tuvo lugar en el Salón Josefina Zoraida de El Colegio de México el 3 de diciembre de 2024, a un año de su fallecimiento.

gentina con mi título de licenciada en sociología bajo el brazo. Mientras esperaba ser admitida en la maestría en FLACSO y buscaba trabajo, una amiga que era su becaria en el CES, Andrea Federico, me dijo que María Luisa necesitaba a alguien que le transcribiera unas entrevistas. Me apunté en seguida y recibí un montón de *cassettes* con horas y horas de grabación, y un dictáfono. Eran las entrevistas que ella misma conducía para su proyecto de investigación sobre el papel de las organizaciones no gubernamentales de mujeres en la transición a la democracia en México.

Mientras teclaba, escuchaba la voz de una investigadora aguda, empática e inteligente plantear a mujeres de distintas organizaciones del país preguntas como “¿y qué no están dispuestas a negociar?”. Una interrogación que no he olvidado nunca y que también aplico en mis investigaciones y en mi propia vida.

Al mismo tiempo, aprendía sobre el México en el que había aterrizado: el de principios de los 90, el de la apertura democrática y el ajuste, el del levantamiento zapatista. Se notaba en esas entrevistas que María Luisa no solo quería conocer la manera en que las mujeres se organizaban y luchaban por sus derechos y por la democracia, sino que —muy a la Touraine—, experimentaba con la intervención sociológica, convencida de que la sociología debía ampliar el conocimiento de los propios sujetos en su práctica política, en aras de una sociedad más justa y habitable.

Si es verdad que —como dijo Durkheim respecto del orden social— un cristal solo se percibe cuando se quiebra, es claro que María Luisa sabía bien de qué se trataba la democracia. Su pérdida en Chile a manos de una dictadura sangrienta la había obligado a exiliarse en México junto con su compañero de vida, el profesor Francisco Zapata. Escuchando esas entrevistas en las que María Luisa ponía cuerpo y alma, no pude menos que identificarme con ella, aunque todavía no la conociera en persona. Cuando por fin fui a su cubículo a entregarle las transcripciones me recibió muy amablemente, pero fiel a su estilo franco y alzando una ceja me soltó un tajante: “están decentes”. Creo que había elegido un interlineado o un tipo de letra que no le gustaron.

Pasaron muchos años en los que tuve poco contacto con ella, salvo en las ocasiones en que acudía a la FLACSO a dar clases a otro grupo, o a participar en comités de tesis de compañeros. Aprendía mucho al escucharla comentar con rigor, pero con emoción, el contenido de las tesis de las y los aprendices de investigadores.

Fue cuando ingresé al CES para integrar la planta académica del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) hace doce años, que pude conocerla más. María Luisa tenía especial cariño por el PIEM, al que había aportado tanto desde sus inicios, junto con otras colegas notables como Orlandina de Oliveira o Vania Salles, y nunca se había desvinculado del progra-




ma. Compartimos entonces reuniones y charlas informales, pero sobre todo espacios de enseñanza, como los cursos de preparación de tesis y la codirección de algunas de ellas. Teníamos en común el gusto por la teoría sociológica, por la investigación, por los estudios de género y por saber más de la realidad que las y los estudiantes traían de sus trabajos de campo.

María Luisa podía criticar los escritos de las y los estudiantes, a veces sin filtro alguno, pero siempre confiaba en lo que cada uno era capaz de lograr. Su curiosidad y empatía la llevaban a conocer a cada uno en su singularidad. Le importaban las personas. Me di cuenta entonces que era de esas especies raras que son del mismo material en todas sus relaciones: con las y los sujetos de estudio, con estudiantes, con colegas, con familiares y con amistades. Tenía un amor profundo por el conocimiento, por la teoría sociológica y el rigor intelectual necesario para comprender una realidad que quería ver transformada. Pero también era una defensora acérrima de la singularidad, que no es lo mismo que la individualidad. Ella defendía una libertad irrestricta para pensar, actuar y hablar (lo que muchas veces la ponía en problemas), tenía una curiosidad infinita, amor por la vida y sentido del humor. Combinaba cualidades que suelen verse de manera dicotómica y excluyente: rigor intelectual, empatía y ética del cuidado. Según me había contado, cuando estuvo en Francia estudiando el doctorado lo mismo asistía a seminarios con Michel Foucault que a clases de cocina.

Seguramente esa alquimia particular era la responsable de que María Luisa persiguiera siempre todo aquello que ampliara la vida, todo lo que se moviera —muy a la Touraine también—, pero siguiendo sus propios instintos, todo lo que implicara “voluntad de ser”. Un día me dijo “¿sabes por qué estudio la acción colectiva? Porque quiero mostrar que no somos siempre ni todo el tiempo víctimas de la dominación. Luchamos”. No era una postura ingenua: ella había experimentado en carne propia lo que significaba la dominación y la arbitrariedad del poder, pero también sabía que la vida resiste y puede salirse con la suya con los recursos que se tienen, y que ella buscaba acrecentar.

Titulé a esta breve intervención “María Luisa, la de las puertas abiertas” porque ella solía tener la puerta de su cubículo entreabierta, como invitando a pasar, y tenía la costumbre de entrar al mío sin avisar y sin golpear la puerta, siempre con una sonrisa de par en par. Aunque estuviera en medio de alguna tarea perentoria yo recibía esas visitas inesperadas con alegría, significaban que se sentía como en casa. Llegaba para comentar sobre algún estudiante en común que le preocupaba, sobre algo que había leído, para preguntar si me había prestado algún libro que no encontraba, o simplemente para saludar. Era una gran conversadora. A veces se quedaba largo rato contando anécdotas de su familia, como ese viaje que hizo a Francia con Francisco y sus nietos, un relato tan cálido y amoroso que me dejó impactada, deseando haber tenido abuelos así. Hablaba de sus hijas y de sus nietos siempre en singular, con las particularidades y deseos de cada uno y con ganas de verlos crecer. Hablaba de los seminarios internos que tenía con Pancho al despertar, donde antes de desayunar discutían las noticias, los libros que estaban leyendo, los trabajos y las vidas de los estudiantes a quienes también generosamente invitaban a comer las delicias que ambos preparaban. También las puertas de su casa estaban abiertas.

Por eso cuando se fue, también sin avisar, y no pude soportar ver su puerta cerrada, tuve el impulso de colocar allí una rosa con la ayuda de Ana, que con lágrimas en los ojos estaba haciendo el aseo del cubículo. Pensé que esa flor iba a durar unos días y alguien la quitaría o se deshojaría pronto, pero para mi sorpresa, a un año de su partida, la rosa sigue ahí, con otro color, pero entera. Me gusta pensar que es porque la nutre la buena vibra que María Luisa dejó en ese lugar, el mismo donde me criticó las primeras y torpes transcripciones y donde más tarde pensamos juntas muchas veces cómo apoyar a algún estudiante atorado y nos alegramos por sus avances. Algún día esa rosa se deshojará y desaparecerá, pero el alma pícara, aguda, divertida y curiosa de María Luisa seguirá pajareando por ahí, como dijo el poeta, en las aulas, en los pasillos y en nuestro corazón por siempre. 

*En memoria del legado de María Luisa Tarrés***

María Luisa Tarrés es una figura académica destacada en el ámbito de los estudios de género, especialmente en los campos de la acción colectiva y los movimientos sociales, la participación social e institucional de las mujeres. Debido a su trayectoria intelectual, así como sus contribuciones teóricas, metodológicas y de investigación empírica, su obra se ha consolidado como referencia obligada en la bibliografía que reflexiona sobre la investigación cualitativa, el estudio de las mujeres como sujetos sociales, los movimientos feministas y su importancia en el proceso político de Latinoamérica.

En el marco de este homenaje, deseo referirme a algunas de las contribuciones de María Luisa Tarrés que han sido valiosas aportaciones a los estudios de género y, en particular, para mi trabajo académico.

Por un lado, me interesa destacar la importancia que dio María Luisa a conceptualizar a las mujeres como sujetos sociales de manera compleja, en las múltiples dimensiones que configuran su identidad, en donde existe una tensión entre subordinación y agencia.

* Es profesora-investigadora del Centro de Estudios de Género. Actualmente es directora de ese Centro.

** Palabras pronunciadas en el Acto conmemorativo en recuerdo de María Luisa Tarrés, organizado por el Centro de Estudios de Género, que tuvo lugar en el Salón Josefina Zoraida de El Colegio de México el 3 de diciembre de 2024, a un año de su fallecimiento.

María Luisa Tarrés subraya la importancia de conceptualizar a las mujeres como sujetos activos en la acción política, trascendiendo una visión limitada cuando se aborda su estudio en términos de subordinación. Este enfoque es una contribución significativa al destacar la agencia de las mujeres y su papel central en los procesos de cambio social, sin omitir el reconocimiento de las desigualdades estructurales que atraviesan sus experiencias.

Tarrés plantea una paradoja fundamental en sus reflexiones sobre la exclusión y subordinación de las mujeres: esta exclusión, o “marginalidad”, como la denomina, resulta de un exceso de integración. Las mujeres, concebidas como símbolos del orden social y encargadas de la reproducción biológica y social, están tan profundamente insertas en este orden que ello dificulta la toma de conciencia sobre su subordinación y la posibilidad de transformar las relaciones de género.

Tarrés argumenta que este proceso de cambio no es lineal, sino que se configura como un recorrido complejo, marcado por avances, retrocesos, rupturas y recomposiciones. En este marco, ofrece una idea de gran potencial analítico para los estudios de género:

La conciencia del sujeto-mujer se produce por situaciones tan diferentes como la socialización fallida en roles sexuales, los divorcios, los abortos, la violencia ejercida sobre el cuerpo, las migraciones,

las guerras, las dictaduras. Es la ruptura del orden en el que ellas se insertan, lo que produce malestar, indignación, sorpresa, reflexión y, posteriormente, rebeldía. En suma, es en el desorden donde las mujeres pueden generar una identidad positiva y acciones reflexivas para transformar su condición.¹

Esta perspectiva invita a repensar el papel del desorden y la ruptura como catalizadores de conciencia y acción, elementos que se revelan esenciales para la transformación de las relaciones de género y para comprender los procesos de emancipación social.

En el mismo sentido, el texto titulado *La voluntad de ser*, incluido en un libro publicado en 1992 por El Colegio de México y coordinado por Tarrés como resultado del trabajo del Seminario Productivo y del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM), ofrece una reflexión crítica y renovadora en este campo de estudio. Tarrés cuestiona los enfoques que se centran exclusivamente en las desigualdades estructurales y simbólicas que afectan a las mujeres, instando a un análisis más amplio que las considere como sujetos sociales con agencia.

Los capítulos agrupados en esta obra coordinada por María Luisa abordan la experiencia de mujeres activamente insertas en la sociedad, tales como maestras, sindicalistas, profesionistas y científicas, quienes participan en contextos marcados por el cambio. Tarrés argumenta que, en momentos de relativa desestructuración provocados por las grandes transformaciones en la sociedad mexicana de mediados del siglo xx, las mujeres participan en espacios públicos antes inaccesibles. Este proceso abre posibilidades para una redefinición de la identidad femenina, más allá de las determinaciones estructurales, los procesos de socialización y los mecanismos de dominación masculina.

Al reflexionar sobre estas dinámicas, Tarrés aporta una perspectiva analítica que trasciende la visión tradicional de las mujeres como víc-

timas de sistemas opresivos, situándolas como agentes de cambio capaces de intervenir y transformar las condiciones sociales que las atraviesan. Al centrarse en los procesos de cambio, Tarrés redirige el énfasis hacia la conceptualización de las mujeres como “una voluntad de ser”, en palabras de la autora, lo cual representa un contraste con la reflexión feminista centrada en el discurso de la diferencia. En su análisis, considera que el enfoque exclusivo sobre la discriminación y la subordinación social ha oscurecido la dimensión activa de las mujeres en la sociedad, dificultando así el reconocimiento de su agencia como sujetos.

Su propuesta de conceptualizar así a las mujeres es:

un recurso metodológico que ofrece la posibilidad de una lectura distinta y más compleja, ya que, por un lado, permite analizar el peso que tienen la pobreza, la dominación y, en general, los procesos reproductivos de la identidad negada y, por otro lado, autoriza a reflexionar, a nivel de hipótesis, sobre los elementos que contribuyen, si no a la formación de una identidad cristalizada o protagónica, al menos a la creación de una voluntad de ser.²

Una “voluntad de ser” que subraya la capacidad de las mujeres para moldear su propia realidad a través de prácticas y experiencias en contextos de transformación, como la modernización y los cambios estructurales que han reconfigurado el tejido social en América Latina desde la segunda mitad del siglo xx.

Otra cuestión sobre la que me interesa resaltar son los aportes de Tarrés en el conocimiento sobre la participación política de las mujeres, enfatizando el marco sociocultural de la actividad política y la importancia del género como categoría analítica para el estudio de ésta. Tarrés incorpora el análisis de género en el estudio de la participación política de las mujeres, visibilizando dinámicas de poder, exclusión y marcos contextuales de los procesos sociopolíticos.

¹ María Luisa Tarrés, “De la necesidad de una postura crítica en los estudios de género”, *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, vol. 2, núm. 13, 2001, p. 110.

² María Luisa Tarrés, *La voluntad del ser. Mujeres en los noventa*, México, El Colegio de México, 1992, p. 22.



Presídium del Acto conmemorativo en recuerdo de María Luisa Tarrés, organizado por el Centro de Estudios de Género el 3 de diciembre de 2024. De izquierda a derecha: Sofía Argüello, Gabriela Cano, Ana María Tepichin, Silvia Giorguli, Francisco Zapata, Cristina Herrera y Georgina López.

En la introducción al libro *Género y cultura en América Latina. Cultura y participación política*, coordinado por María Luisa y publicado por El Colegio de México y la UNESCO en 1998, María Luisa se plantea una pregunta clave: ¿Importa el género en la política? Así, una parte importante de la producción académica de María Luisa en este campo se dirige a explicar cómo y por qué el género debe ser considerado para el estudio de la participación política. Partiendo de la premisa de que la política tradicional ha ignorado el sexo de los actores políticos y el género como categoría relevante, Tarrés señala que el feminismo ha mostrado la flexibilidad y permeabilidad de la frontera entre lo público y lo privado, llevando esta tensión hacia el ámbito cotidiano, lo cual ha influido de manera significativa en la configuración de los proyectos y las prácticas políticas en América Latina.

Tarrés considera que esta forma de abordar lo público y lo privado con fronteras permeables y no rígidas es un rasgo distintivo de los movimientos feministas, el cual han adoptado diversas formas organizativas en sus luchas políticas.

Una de las principales preocupaciones académicas de María Luisa fue estudiar cómo estos movimientos se han traducido o no en prácticas institucionales, analizando el impacto que han tenido en las estructuras políticas formales y su potencial para generar cambios sustanciales en las instituciones.

María Luisa Tarrés señala que, aunque las mujeres latinoamericanas están subrepresentadas en la política en muchos contextos, han logrado incidir con sus demandas, formas de acción y exigencias de derechos ciudadanos. Encuentra que su influencia ha trascendido el ámbito de los movimientos de mujeres propiamente dichos, alcanzando un espacio mucho más amplio en la esfera política.

A lo largo de su obra, tanto en los estudios que ella misma realizó como en aquellos que coordinó con diversas especialistas con las que compartía inquietudes académicas, Tarrés documentó y analizó cómo las mujeres fueron consolidándose como una fuerza política con una presencia creciente en la configuración de agendas sociopolíticas. Estas demandas presionaron a partidos y actores políti-

cos a incluirlas en sus propias agendas, al tiempo que contribuyeron a la construcción de una cultura política que reconoce y da cabida a la participación y la agenda política de las mujeres.

Desde una mirada crítica a los estudios de género, Tarrés abordó la lucha por la igualdad, utilizando la categoría de género como una dimensión que no solo analiza, sino que también transforma lo social y lo político. Este enfoque analítico subraya el papel activo de las mujeres en los procesos de transformación política y social, colocando el género en el centro de las dinámicas de poder y participación.

En este contexto, Tarrés considera que el feminismo político “debe apostar a la revitalización de la noción de ciudadanía como figura clave para definir identidades positivas y construir sujetos colectivos alrededor de un quehacer democrático comprometido con el contexto histórico en que vivimos y del que somos responsables”³. Esta reflexión pone de manifiesto la necesidad de reintegrar una visión crítica y comprometida de la ciudadanía que impulse una transformación social en consonancia con los desafíos contemporáneos.

El punto de partida del abordaje de Tarrés sobre la ciudadanía es que, siendo una construcción conceptual que establece los vínculos de pertenencia dentro de una comunidad política, hay que abordarla como un campo de disputa, pues está atravesada por relaciones de poder. En su texto *Para un debate sobre ciudadanía y género en el contexto mexicano (2000–2010)*, Tarrés señala que para conocer las fuentes de disputa se requiere partir desde la misma definición de ciudadanía y su aplicación en las sociedades. Se trata de una membresía legítima, como plantea Schild, pero de frágil contenido.

La experiencia histórica, según Tarrés, demuestra que la ciudadanía de las mujeres ha estado vinculada a un patrón de presión por parte de un grupo excluido del poder político, que lucha por sus derechos ciudadanos. En este proceso de reivindi-

cación, las luchas feministas han otorgado nuevos significados a su lucha, en gran medida gracias a la elaboración de la teoría de género. Como señala la autora:

Esa perspectiva logró movilizar a mujeres de todo el mundo reivindicando una ciudadanía plena y universal, desligada de formas específicas de convivencia, tales como estado civil, ingreso, origen nacional y opción sexual. La consigna “lo personal es político” permeó la noción de ciudadanía al generar nuevos derechos, tales como el derecho a una vida libre de violencia o el derecho a decidir sobre el propio cuerpo.⁴

En su investigación, María Luisa resalta la manera en que el feminismo ha transformado la noción de ciudadanía, ampliando su alcance e introduciendo derechos fundamentales vinculados a la autonomía de las mujeres a partir de avances en este sentido desde los estudios de género.

En relación con lo anterior, María Luisa Tarrés ha enriquecido el conocimiento en una línea de análisis centrada en identificar los obstáculos que han dificultado la creación y la implementación de una institucionalidad orientada a fortalecer la ciudadanía de las mujeres. Para abordar este tema, Tarrés considera tanto los factores macrosociales que excluyen a las mujeres de las instituciones como las diversas formas en que se entiende la inclusión de las mujeres en ellas, ya que estas perspectivas varían y asignan prioridades diferentes a los temas dentro de las agendas políticas.

María Luisa ha realizado un estudio minucioso sobre la creación de los institutos de las mujeres en México, destacando la necesidad de considerar las diferencias regionales en estos procesos. Subraya el sistema político-institucional como un espacio clave de análisis y se aproxima a la experiencia de los institutos de las mujeres, desafiando el supuesto de que tales instituciones, sus funcionarios y los partidos políticos involucrados en la definición de políticas públicas con perspectiva

³ Silvia López Estrada *et al.* (coords.), *15 años de políticas de igualdad. Los alcances, los dilemas y los retos*, México, El Colegio de México, 2014, p. 89.

⁴ *Ibid.*, p. 79.

de género son homogéneos y comparten una visión común. En este sentido, señala que, dado su carácter institucional, estos organismos son construcciones sociales cuya lógica de acción depende de factores locales, nacionales e internacionales. De esta manera, su funcionamiento y los logros alcanzados están condicionados por el contexto político y social, los recursos que se les asignan y la orientación ideológica de los grupos en el poder en cuestiones de género.

Tarrés evidencia que los institutos de las mujeres, desde su creación, han sido un espacio de conflictos ideológicos constantes entre funcionarias, funcionarios y representantes políticos. Su análisis resalta cómo, en medio de la reticencia conservadora y las pautas internacionales, los institutos de las mujeres y las políticas de género enfrentan tensiones que desestabilizan las estructuras tradicionales de poder, llevando la lucha por la equidad de género a un terreno de constante negociación e impugnación.


En este contexto, las agendas de género a menudo son neutralizadas en las negociaciones de temas sensibles para las comunidades conservadoras. Como señala Tarrés: “Así y sin proponérselo como meta, las experiencias de nacer, de la sexualidad, de amar o morir, definidas como privadas, se desacralizan y en lo cotidiano develan relaciones de poder de instituciones hasta entonces enaltecidas como la familia, la Iglesia, la escuela o la comunidad tradicional”.⁵

Las posibilidades para promover la equidad de género dependen de la correlación de fuerzas políticas y sociales, tanto a nivel internacional como nacional, y en este contexto se inserta el proceso de institucionalización y el actual ataque a todo lo relacionado con género. Tarrés señala que, en este panorama, se observa un resurgimiento del conservadurismo centrado en el control de la sexualidad de las mujeres y en lo que se ha denominado el orden familiar. A pesar de que las demandas de los actores sociales se diversifican, los grupos conservadores, opuestos a la autonomía de las mujeres, han formado alianzas para obstaculizar tanto el

⁵ *Ibid.*, p. 71

contenido como la implementación de una agenda de género, la cual perciben como una amenaza a una cultura tradicional que la autora describe como *idealizada*.

Quiero concluir esta intervención mencionando el reconocimiento que María Luisa hace a la labor de los centros académicos que se dedican a los estudios de género, pues los considera plataformas para apoyar la creatividad en la construcción de nuevas narrativas y discursos, anclados en el estudio académico riguroso del entramado de relaciones sociales en el que está posicionada la diversidad de seres sexuados. Estos espacios, para María Luisa, deben ser lugares de búsqueda de interpretaciones novedosas que enriquezcan la producción de conocimiento de la pluralidad inherente a cuestiones como las de género, que involucran a sociedades en constante transformación. En palabras de María Luisa: “Son espacios privilegiados para evitar la complacencia y apoyar la creatividad en la construcción de narrativas y discursos anclados en esa diversidad”.⁶ Este enfoque es un continuo reto para generar conocimiento transformador, pertinente y comprometido con la transformación de realidades sociales contemporáneas.

Muchas gracias, María Luisa, por el enorme legado que nos ha dejado tu postura, tu acompañamiento a numerosas “chiquillas” y “chiquillos” en formación, así como tu reflexión teórica y metodológica siempre crítica en los estudios de género. Por tu ejemplo de compromiso y rigurosidad en el quehacer académico en los estudios de género, muchas gracias. En nuestro corazón por siempre, María Luisa. 

⁶ María Luisa Tarrés, “De la necesidad de una postura crítica en los estudios de género”, *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, vol. 2, núm. 13, 2001, p. 134.

Una reflexión sobre el concepto de la “voluntad de ser”^{**}

La obra de María Luisa Tarrés puede sintetizarse en una reflexión sobre la búsqueda de la identidad femenina, sobre la interrogación que se resume en la pregunta “qué significa ser mujer” en un mundo en el que el hombre monopoliza el discurso y bloquea el ejercicio de “la voluntad de ser”.¹

* Es profesor-investigador en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

** Palabras pronunciadas en el Acto conmemorativo en recuerdo de María Luisa Tarrés, organizado por el Centro de Estudios de Género, que tuvo lugar en el Salón Josefina Zoraida de El Colegio de México el 3 de diciembre de 2024, a un año de su fallecimiento.

¹ El concepto de “voluntad de ser”, remite a lo expresado por la poeta Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura en 1945, en una carta dirigida a Enrique Oyarzun, abuelo de María Luisa, en la que afirma textualmente: “las mujeres en América Latina son una voluntad de ser”. En ese sentido, la poeta encarnó en su propia existencia lo que refiere de las mujeres de nuestro continente. Además, cabe subrayar que Gabriela Mistral, en su estancia en Cuetzalan y Zacapoaxtla entre 1922 y 1923, impartió clases a las niñas y niños de estos pueblos de la Sierra Norte de Puebla. De esas clases surgió el libro *Lecturas para mujeres* publicado en 1923 y reeditado por la Secretaría de Educación Pública como material de estudios de las jóvenes mexicanas. Sus temas fueron y son motivo de inspiración y de reflexión para varias generaciones. Es importante asociar la estancia de Gabriela Mistral en Puebla con el surgimiento del movimiento de las mujeres en Yucatán encabezado por Elvia Carrillo Puerto. En efecto, ello demostró el interés del gobierno del presidente Álvaro Obregón y de su secretario de Educación Pública José Vasconcelos por la incorporación de las mujeres a la vida política de México.

Esa voluntad se plasma en el esfuerzo por superar la subordinación a través de la afirmación de la igualdad esencial entre hombres y mujeres. A la vez, este análisis implica identificar los obstáculos que enfrentan las mujeres para que esa voluntad trascienda la individualidad de cada persona y de sus trayectorias particulares. Entre estos obstáculos las mujeres deben cuestionar la afirmación de la fragilidad con que frecuentemente se las asocia y que impiden que se definan como sujetos libres y, al contrario, constituyen una subordinación naturalizada.

Dicha caracterización se genera a partir de una visión en la que hombres y mujeres crean espacios opuestos en sus vínculos, los cuales se sustentan en criterios simbólicos aparentemente naturales. Así, todo converge en prácticas que delimitan los lugares compartimentalizados de la interacción.

Lo anterior, en la visión de María Luisa Tarrés, complica la elaboración de una postura teórica que defina a las mujeres como sujetos capaces de incidir en la transformación de su subordinación.

Así surgen dificultades para definir sociológicamente a las mujeres como sujetos porque la sociología ve la realidad desde el punto de vista de los hombres y la confunde con lo humano, y deja a la mujer en un espacio genérico perteneciente al estado natural.

Es a partir de este diagnóstico que es necesario elaborar perspectivas que, reconociendo los logros alcanzados como son los logros en el acceso a la

educación superior, al control de la natalidad, a la paridad en los espacios políticos, entre otros. Es decir, que permitan enfrentar el desafío de crear las condiciones de generación de un sujeto que sea capaz de contribuir a la transformación de las estructuras de dominación económica y cultural.

Lo anterior implica superar las perspectivas que los asumen como determinaciones que son imposibles de transformar y que impiden regenerar los espacios de la vida de las mujeres. Por lo que, de acuerdo con Tarrés, hay que señalar la necesidad de desarrollar y modernizar acciones para desestructurar el orden, superar los obstáculos como las redes de parentesco, romper el control social que va asociado a los lazos tradicionales y al bloqueo que el orden simbólico que organiza las jerarquías entre los sexos y confiere a la mujer un papel limitado a la reproducción.


Así, las luchas de las mujeres por obtener autonomía deben vencer la carrera de obstáculos sociales, económicos y culturales para cumplir con el objetivo de lograr la igualdad con los hombres y asegurar el rompimiento del tejado de vidrio. Esto obliga a enfatizar que la condición de la construcción de la igualdad y crear las condiciones que permitan la autonomía de la acción de las mujeres para superar la visión todavía predominante de las mujeres como reproductoras.

También, dicha reflexión se plasma en el proceso de la construcción de una subjetividad específica que incluya diversas dimensiones y que permita la inserción plena de las mujeres en la vida social. Así, la identidad femenina no se logra solo a través del ejercicio de los atributos y capacidades socialmente asignadas a las mujeres sino por una progresiva toma de conciencia de lo que cada mujer logra para construirla. En sucesivas investigaciones empíricas basadas en el estudio de trayectorias biográficas, se dio sustento a las etapas de ese proceso de toma de conciencia de ese “yo” en construcción.



Francisco Zapata durante su participación en el Acto conmemorativo en recuerdo de María Luisa Tarrés, organizado por el Centro de Estudios de Género.

En ese esfuerzo por generar la “voluntad de ser”, se desarrollan acciones colectivas que se expresaron desde el inicio del siglo xx en movilizaciones de mujeres para lograr el derecho al voto llevadas a cabo por las sufragistas, por las mujeres que lograron convertirse en médicas, docentes universitarias, por dirigentes políticas y por aquellas que conformaron los aparatos institucionales en la educación y en la salud pública. Todo lo cual contribuye a superar una concepción esencialista de la identidad y así lograr el “ser”. Entonces ser “mujer” implica definirse como “sujeto” inserto en una sociedad como cualquier ser humano.

Finalmente, es pertinente concluir que el triunfo electoral de la doctora Claudia Sheinbaum Pardo en las elecciones presidenciales del 2 de junio de 2024 demuestra que, en México, la propuesta de Gabriela Mistral se ha hecho realidad. Por ello, su recuperación por María Luisa Tarrés adquiere una relevancia sustantiva. En efecto, la biografía política de la presidenta del país constituye una prueba contundente de la “voluntad de ser”. 

La voluntad de ser^{*}

1. Años atrás, a comienzos de la década de los veinte, Gabriela Mistral, que en ese momento estaba en Zacapoaxtla, Puebla, definió a las mujeres como una voluntad de ser. Su relación con mujeres nahuas, totonacas y ladinas en la región de la sierra, la llevó a afirmar precisamente que “las mujeres en América Latina son una voluntad de ser”.¹

Con esta metáfora la poetisa no sólo logró destacar el valor de la libertad en la definición de la identidad de la mujer sino que, al apuntar hacia una característica única y marcar con ello una hipótesis, señaló también su fragilidad como sujeto.

La representación de las latinoamericanas, originada desde la mujer mexicana en el imaginario de la Mistral, cobra así una doble dimensión, pues al exagerar la libertad como rasgo necesario y suficiente de su identidad, muestra al mismo tiempo la endeble estructura en que se asienta la condición femenina en nuestros países. Esta última característica ha sido la nota constante de las investigaciones sobre la mujer latinoamericana que han destacado la universalidad de su subordinación, de su papel reproductor y la exclusión de que es objeto en un mundo social donde los principios masculinos y femeninos actúan como ordena-

dores, de modo que el primer término indica superioridad y el segundo inferioridad. La sociedad aparece entonces como un campo que limita los espacios, distribuye a los miembros, los separa o los reúne de acuerdo con estos criterios de superioridad e inferioridad a partir de complicadas reglas que a nivel simbólico las hacen parecer como naturales. La inferioridad de las mujeres y la superioridad de los hombres se expresan así en las prácticas sociales más disímiles, en las normas, en las instituciones y leyes, en fin, en una serie de programas y medidas que tienden a separarlos o a agruparlos de acuerdo con las necesidades reproductivas.

De ahí que sea difícil construir una postura teórica que defina a la mujer como un sujeto capaz de incidir en la transformación de su subordinación y sea quizás útil y necesario recurrir, como la Mistral, a una imagen literaria para rescatar la cara positiva, la dimensión productora de las mujeres del México contemporáneo.

Este recurso metodológico ofrece la posibilidad de una lectura distinta y más compleja, ya que, por un lado, permite analizar el peso que tienen la pobreza, la dominación y en general, los procesos reproductivos en la identidad negada y, por otro, autoriza a reflexionar, a nivel de hipótesis, sobre los elementos que contribuyen, si no a la formación de una identidad cristalizada o protagónica, al menos a la creación de una voluntad de ser.

Existen dificultades para dar definiciones sociológicas positivas de las mujeres pues aunque están

^{*} “La voluntad de ser”, texto introductorio al libro *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*, México, El Colegio de México, 1992.

¹ Carta de Gabriela Mistral a mi abuelo Enrique Oyarzún Mondaca (archivo familiar).

presentes en la realidad están ausentes de la teoría. No hay duda de que la sociología no ha hecho sino sociología de los hombres al confundirlos con lo humano, dejando de lado a las mujeres y tratando las relaciones genéricas como parte del estado natural de las cosas. Estas limitaciones no pueden, sin embargo, impedir rebelarse contra enfoques que privilegian el sojuzgamiento y la sumisión de la mujer a estructuras de relaciones económicas, sociales o culturales donde el género masculino parece siempre tener mayores posibilidades de realización en condiciones similares de existencia.

La idea que quisiéramos desarrollar es que la investigación no puede restringirse a explicar los obstáculos, la pasividad y la discriminación que enfrenta la mujer para su incorporación plena a la sociedad. En primer lugar, porque un trabajo orientado por perspectivas de esta índole se limitaría a medir con más o menos precisión lo que sabemos de antemano, evitando así la construcción teórica y, en segundo lugar, porque ello oculta que, en las últimas décadas, una de las características más destacadas del desarrollo nacional es la inte-

gración de la mujer a distintos ámbitos de la sociedad y la cultura y eso, posiblemente, tenga algún significado en sus vidas.

Se puede argumentar que la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo, al mundo del conocimiento y de la educación o su acceso al control natal no es sino una incorporación subordinada al poder masculino y al poder estatal en la medida que ha significado una segregación y una discriminación que se mantiene con modalidades en los distintos ámbitos de la vida pública y de la vida privada. Sin embargo, si deseamos hacer un análisis sociológico que vaya más allá de esa constatación es necesario apropiarse de un enfoque para imaginar cómo influyen los procesos de modernización en la redefinición del papel de la mujer y en las posibilidades de recuperarla como un sujeto que, con su acción, influye en procesos que se desarrollan a nivel de la organización social, en la orientación de las decisiones que se generan en el sistema político o en la creación de proyectos que signifiquen cambios en ese orden que las subordina.



Aunque el peso de las sobredeterminaciones hace difícil la tarea, es preciso evitar, como lo hizo Gabriela, una imagen que restringe la identidad femenina y privilegiar la voluntad de ser en la mujer como una virtud previa y necesaria para poder decidir y entrar a la escena social como protagonista.

Una de las tantas puertas de entrada a la construcción de este enfoque podría asentarse en una lectura donde el análisis de los cambios producidos por el proceso de desarrollo y la modernización privilegie la desestructuración de un orden, el quiebre de las redes de parentesco que definen a la mujer como objeto de intercambio, el rompimiento del control social basado en los lazos comunitarios tradicionales, la ruptura del orden simbólico que organiza la relación jerárquica entre los sexos y confina a la mujer a su papel de reproductora.

Esta visión del desarrollo se diferencia de aquella que lo concibe como un proceso de integración y movilidad social constante, donde las mujeres definidas como portadoras de una necesidad, la de obtener su autonomía, deben superar una interminable carrera de obstáculos sociales, económicos, culturales para lograr la igualdad con los hombres.

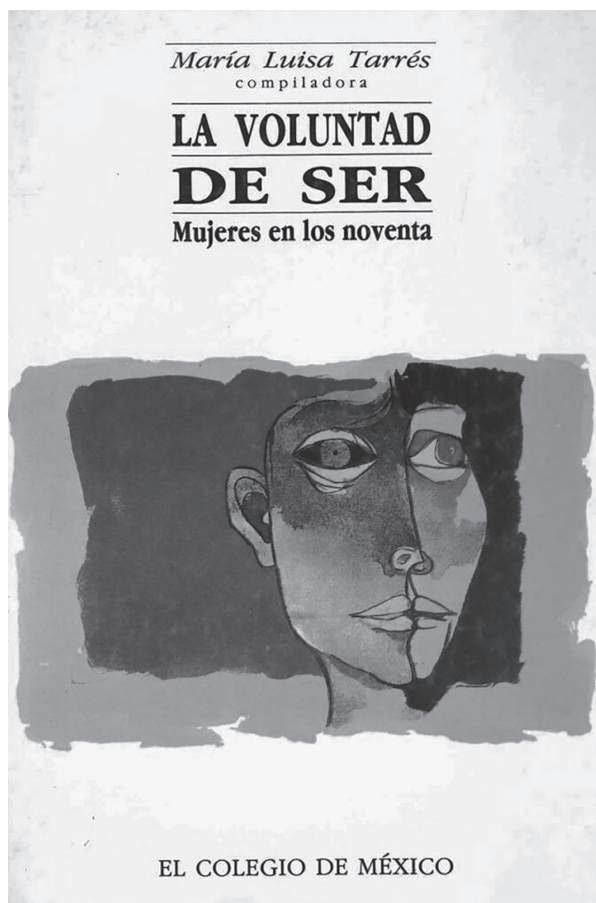
No se trata de desconocer el peso de las estructuras de dominación o de los procesos reproductivos en la vida de las mujeres. Por el contrario, la idea es que esas estructuras, gracias al proceso de modernización que es heterogéneo, desigual y segregador, se malogran, fallan, creando zonas de exclusión, necesidades y preguntas que, como lo afirma Fraser (1991) ni el orden económico, ni las instituciones públicas o domésticas son capaces de satisfacer o responder. Esta forma de leer el proceso de modernización permite, a nivel hipotético, pensar que es en la ruptura de las prácticas reproductivas donde las mujeres tienen la posibilidad de redefinir su identidad más allá de las determinaciones estructurales, los procesos de socialización o los mecanismos de dominación masculinos.

Estos resquicios que se producen como consecuencia del quiebre de procesos sociales concretos en la biografía de las mujeres pueden dar lugar a comportamientos reflexivos en los que la voluntad, siguiendo a Gabriela, se constituye en un requisito previo y propio de la definición del ser del sujeto.

La identidad femenina en México, en suma, no puede conceptualizarse limitándose a enumerar los obstáculos para su constitución, tales como la pobreza y la marginación estructurales. Tampoco puede limitarse a la constatación de su subordinación, como podría ser la maternidad, el matrimonio o las reglas de parentesco que la transforman en un objeto de intercambio. Aun cuando sepamos que estadísticamente es mayor la probabilidad de abandonarse pasivamente a la situación o aceptar la ley que consagra la desigualdad genérica y la supremacía masculina, es importante rescatar la experiencia de mujeres que han hecho uso de la voluntad para ser, ya sea individual o colectivamente. También se hace necesario comenzar un análisis de las circunstancias en que se desarrolla la vida de las mujeres para detectar cambios, rupturas en los mecanismos de reproducción que si bien implican conflictos, crean la oportunidad de desviarse de su destino.

2. México ha cambiado desde los años en que escribió la *Mistral* y podemos suponer que ello ha modificado las condiciones en que se desenvuelve la vida de las mujeres. A pesar de que ellas aún viven presas en la imagen que les impone la sociedad masculina, es posible suponer que el crecimiento demográfico, la movilidad social, las migraciones y la urbanización las hayan apartado de las inflexibles ataduras familiares y comunitarias, se hayan producido rupturas, se hayan abierto márgenes de libertad, nuevas formas de integración y de conflicto y como consecuencia prácticas sociales heterogéneas, alejadas del mandato de la tradición.

Y en efecto, las presiones externas cambian el ámbito doméstico y familiar, lugar social y simbólico al que se supone pertenece la mujer. El éxodo de poblaciones, la creación de grandes ciudades y la migración dispersa a los que vivían en un hogar común, donde las funciones y los roles se distribuían bajo la mirada de algún varón. La socialización y la educación de los niños ya no recae en la familia sino en la pareja y hay actividades que comienzan a realizarse fuera de la casa, en instituciones como las guarderías, las escuelas, la oficina, la fábrica, de manera que los miembros de una familia pasan menos tiempo juntos.



Es posible que en el México actual esté sucediendo lo que señalaba Durkheim en el sentido de que la familia moderna se basa en el matrimonio o en la pareja en tanto que en el pasado se apoyaba en la familia.

Ello implicaría que las mujeres y los hombres entran como individuos racionales en igualdad de condiciones al matrimonio, pues su unión se celebra por medio de un contrato. Sin embargo, las investigaciones sobre el tema constatan que esto no es así. En efecto, la entrada de las mujeres al matrimonio no ha significado su reconocimiento como seres iguales a los hombres, desligados del papel reproductor. No obstante, las transformaciones estructurales ligadas a la modernización afectan las condiciones en que se desarrolla la vida de la mujer porque hay recomposiciones donde las formas modernas de relación social que se generan en este proceso, tales como la familia nuclear, la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, a la educación, etc., se adaptan a

mentalidades y prácticas tradicionales, relacionadas con el mundo doméstico y familiar.

Mientras la sociedad se moderniza pareciera como si la mujer se incorporara al ámbito público sin modernizarse ella misma ya que no asume como parte integral de su comportamiento los criterios de racionalidad, eficiencia o competencia.

Sin embargo, se trata de un proceso de largo alcance y duración, cuyas consecuencias difícilmente se pueden evaluar todavía en la sociedad mexicana contemporánea, debido a que aún no se conocen las modificaciones producidas por el crecimiento poblacional y de las grandes ciudades, en las modalidades que asumen las relaciones familiares, que alejan a la mujer de los lazos de parentesco y le abren otros espacios y posibilidades donde fincar su identidad.

Una puerta de entrada a este tema es la propuesta planteada por Moscovici, quien al tratar de responder a esta pregunta señala que “el crecimiento de las ciudades aparta a los seres de vínculos rígidos creando una situación de promiscuidad en el verdadero sentido, liberando a la sociedad del peligro que significaba la consanguinidad, la monopolización de las mujeres en la célula del parentesco” (Moscovici, 1975: 295).

Con esta proposición el autor está señalando que si fuera válida la afirmación de Lévi-Strauss en el sentido de que la desigualdad genérica se asienta en el principio universal de la prohibición del incesto, en sociedades con el tamaño de las nuestras o no existe la probabilidad de cometerlo o su incidencia es muy baja, si se compara con las sociedades tradicionales y cerradas que le dieran origen. De ahí que los principios simbólicos que aún se mantienen y que instalan a la mujer en la posición subordinada comiencen, según el autor, a perder sentido.²

La subversiva hipótesis de Moscovici merece un examen cuidadoso, porque su idea se sustenta en la interpretación profunda y acuciosa sobre la

² Moscovici compara el incesto con el canibalismo y supone que desde el momento en que éste deja de ser una práctica social no es necesaria la regla.

familia y la mujer desarrollada por Lévi-Strauss.³ Es evidente que a nivel histórico se hace necesario matizar su propuesta, tanto porque no se conocen experiencias de sociedades donde la diferencia sexual no se transforme en desigualdad, como también porque una transformación en la prohibición del incesto es un fenómeno de larga duración, imbricado en prácticas sociales y económicas, enraizado en la cultura, en la psicología y en el inconsciente de la mujer y del hombre. La puesta en duda de la ley que consagra la desigualdad y la supremacía masculina no sólo significaría transformaciones a nivel normativo sino en los procesos que la median, que se sustentan en la base misma de la organización social y cultural.

En todo caso, la cuestión planteada por Moscovici abre una brecha para reflexionar a partir de una teoría, como la de Lévi-Strauss, pues al poseer un gran poder explicativo basado en la investigación sistemática, permite salir de ese círculo vicioso en el que se han entrampado algunos estudiosos de la condición de la mujer los cuales prueban, con mayor o menor precisión, lo que ya se sabía. De ahí que su propuesta sea útil como una aproximación provisoria, ya que da acceso a una lectura de las condiciones en que se desenvuelven la vida y la identidad de las mexicanas contemporáneas en términos positivos, desde la búsqueda de la diferencia y la heterogeneidad más que desde lo universal, o de conceptos unificadores, aunque ello no quiera decir que no se reconozca la discriminación, la "otredad" o la subordinación como elementos estructurantes de esa identidad.

Esta aproximación provisoria a las mexicanas nos permite suponer que tanto los procesos demográficos como el crecimiento de las ciudades, la migración o la disminución de la fecundidad

³ Para obtener una visión sucinta sobre la perspectiva de Lévi-Strauss se puede consultar su excelente artículo "La familia", 1974. En todo caso, conviene recordar que el descubrimiento de Lévi-Strauss radica en que el significado de la prohibición del incesto no reside en la prohibición de casarse con un progenitor o con una hermana sino en la obligatoriedad de dársele a otro con el fin de asegurar alianzas, evitar conflictos y consolidar el equilibrio social. Las leyes del matrimonio estarían orientadas a asegurar este fin colectivo.

así como las fases del crecimiento económico, las crisis o el modelo de economía liberal que hoy se instaure, permeen y modifican la organización y las relaciones sociales tradicionales de modo que el orden en que se asienta la desigualdad entre hombres y mujeres sufre trastornos que influyen en el ser y quehacer de las mexicanas. De esta manera se hace necesario dibujar algunos rasgos de la mujer en el México contemporáneo para observar continuidades y cambios en su condición.

No hay duda de que lo que ahora presentamos no es sino un boceto de lo que podría ser un trabajo a largo plazo, pues se limita al análisis de algunas características relacionadas con la demografía, el trabajo y la educación, con el objeto de dar un marco general a los artículos que se presentan a continuación.

3. Las condiciones en que se desarrolla la vida de las mexicanas están marcadas por las modalidades que asumen el crecimiento económico y la modernización social y cultural del país. En México se optó por la vía de transformar a una sociedad agraria en un país industrial y ello significó construir un nuevo tipo de sociedad regida por las relaciones capital-trabajo, por el mercado, los avances tecnológicos y la creación de grandes áreas urbanizadas, entre las que destacan Guadalajara, Monterrey y la ciudad de México como centros de atracción tradicionales,⁴ y Puebla, Querétaro, Chihuahua, Tijuana y otras como núcleos de atracción de población y actividades económicas en los últimos años (Conapo, 1991).

Esta transformación, ocurrida en menos de 60 años, significó la entrada de la sociedad al mundo moderno a un gran costo social y humano ya que la acumulación de riqueza no benefició a todos los mexicanos. Por el contrario, la distribución del ingreso es una de las más desiguales del continen-

⁴ El porcentaje de población urbana en México entre 1950 y 1990 ha aumentado notablemente y muestra el paso de una sociedad agraria a una urbana (Fuente: Naciones Unidas, 1985).

Años	1950	1960	1970	1980	1990
Población urbana (loc. de más de 2 500 habitantes) (%)	42.7	50.8	59.0	66.7	72.8



María Luisa de vacaciones en el sur de Chile, 1986.

te en la medida que 17.3 millones de personas viven en condiciones de extrema pobreza y otros 24 millones se encuentran en situación considerada de pobreza (cálculos del Programa Nacional de Solidaridad, Pronasol, citados por Muñoz, 1991). Este dato habla de una extrema disparidad social que marca la vida de millones de mujeres y hombres que han pagado con su miseria, desarraigo y exclusión el precio de la modernización.⁵

Pero las mediaciones entre crecimiento económico y distribución de los recursos son complejas ya que paralelamente a la desigualdad y la pobreza, ha habido mejoramiento nutricional, aumento de la esperanza de vida al nacer que pasa de 50.8 a 68.4 años entre 1950 y 1990, disminución de la mortalidad infantil que pasa de 113.9 defunciones de menores por cada mil nacidos vivos en 1950, a 41.4 por mil en 1990,⁶ disminuciones importantes de la fecundidad, además de un acceso

⁵ En 1983, 30% de la población de bajos ingresos recibió 7.84% del ingreso nacional, en tanto 40% de la población de ingresos medios recibió 28.95% y 30% de la población de ingresos altos, 63.21% del ingreso nacional (Fuente: INEGI, *Estadísticas históricas de México*, 1990, I.1, p. 247).

⁶ Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP) *et al.* (s.f.).

creciente a servicios e infraestructura que ha mejorado las condiciones de vida de mucha gente. Por eso, si bien la desigualdad marca sectores sociales diferenciados por el acceso a los recursos, existe una disminución de la pobreza y de los niveles de pobreza si se compara la situación actual con la de años anteriores. Además, una movilidad hacia los sectores medios de la sociedad muestra cambios importantes en la estructura social del país.⁷

Ello no impide que la mitad de la población forme parte de los estratos pobres de la sociedad. La otra mitad, sin embargo, se ha integrado al proceso de modernización, ha vivido procesos de

⁷ Según un estudio elaborado por Banamex, en 1960 los estratos pobres constituían 75% de la población, los medios 11.3% y los altos 13.7%. Esta situación cambia favorablemente en 1987 ya que los estratos pobres disminuyeron a 50.8%, los medios aumentaron a 37.9% y los altos representaron 11.3%. Departamento de Estudios Sociales, Banamex, 1991, citado en *Excelsior*, 10 de enero de 1992 (Sección Ideas). Éste y otros estudios, como el de Enrique Hernández Laos (1991), orientados a evaluar la desigualdad social a largo plazo, concluyen que la pobreza se redujo a la mitad entre los años sesenta y setenta, aun cuando se incrementó a partir de los ochenta con la crisis.

movilidad social y alcanza niveles de vida y satisfactores decorosos en algunos casos y equivalentes a los de los países industrializados en otros.

La desigualdad que caracteriza la estructura social del país plantea la dificultad de referirse a las mujeres mexicanas en general y en abstracto, pues la realidad señala clases, regiones y etnias que conforman escenarios sociales múltiples y heterogéneos que moldean y ofrecen estructuras de oportunidad diversas a los distintos sectores de mujeres.

Por ello, si bien la información estadística⁸ esconde la diversidad en tendencias que subrayan la discriminación hacia la mujer en la actividad económica, en el campo de la educación, en la esfera política o su reducción al rol de reproductora cuando se trata de las políticas demográficas y sanitarias, es importante recalcar que la rapidez y generalización de las transformaciones tienen que haber incidido en la condición de la mujer al generar fallas en los procesos reproductivos, en las estructuras del parentesco, en las relaciones de pareja o en las formas de dominación, que posibilitan el ejercicio de acciones reflexivas, y como consecuencia, facilitan la generación de identidades distintas a las tradicionales.

⁸ Cabe señalar, y aunque parezca reiterativo, la dificultad de armar un razonamiento consistente sobre la mujer mexicana a partir de información estadística oficial debido a múltiples factores. Es difícil encontrar información que sistemáticamente esté cruzada con la variable sexo; existen dificultades conceptuales debidas a la generalización de la experiencia masculina a la femenina; esto es evidente en el registro de la actividad económica que, en el caso del trabajo doméstico, no se contabiliza y que aparece subregistrada en el caso del trabajo remunerado. El problema se extiende a otras áreas, especialmente a la educación, la salud, la política, etc. En el área de la reproducción biológica y de la fecundidad la información es completa y sistemática, sobre todo desde los años setenta en adelante. Ello habla de la importancia que las políticas demográficas han dado a la mujer como centro de la reproducción. Sin embargo, no existe información equivalente sobre sus maridos o compañeros de modo que es difícil comprender si hay o no cambios en las relaciones genéricas. Finalmente, hay que destacar que se han publicado trabajos muy valiosos donde se sistematiza información básica sobre la mujer a nivel nacional y regional. Sin embargo, los esfuerzos no tienen "continuidad, pues al parecer, se realizan al ritmo de los intereses sexenales.

Es difícil imaginar que una transformación como la que ha tenido lugar en la sociedad mexicana en los últimos 50 o 60 años sólo haya ido en desmedro de la mujer, incrementando su dependencia y su subordinación. Una mirada superficial a algunas estadísticas relativas al crecimiento y modernización de la sociedad mexicana podría servir como base para construir una aproximación al tema, aun cuando sea provisoriamente.

4. México, que en 1950 tenía 27 millones de habitantes, triplicó su población en 1990 al llegar a 86 millones⁹ de habitantes, de los cuales 50% son mujeres, mayoritariamente jóvenes.¹⁰

El crecimiento poblacional se explica por el descenso de la mortalidad, que disminuyó de 16.1 por mil en 1950 a 5.4 por mil en 1990 (Celade, *Boletín* núm. 45, p. 92), por la existencia de muchas mujeres jóvenes en edad fértil¹¹ y porque la reducción de la fecundidad sólo se ha producido en los últimos diez años. En efecto, en 1950 una mexicana al final de su vida reproductiva tenía en promedio 6.4 hijos; en 1960, 6.5; en 1970, 6.8; para bajar a 4.4 hijos en 1980 y a 3.2 hijos promedio en 1990 (Conapo, 1991).

Para la vida de las mujeres esto significa un cambio muy grande en pocos años. Aun cuando 3.2 hijos es un promedio alto, es considerablemente menor al de 6.8 hijos que se tenía en los años setenta. Indica, además, un control generalizado de la fecundidad y la posibilidad para las jóvenes de controlar sus cuerpos y sus vidas.

En efecto, hoy día existe un sector importante de mujeres de origen urbano con "mayores niveles

⁹ Las tasas de crecimiento de la población son las que siguen (Fuente: SPP *et al.*, pp. 2-3, 92-93):

Años	1950	1960	1970	1980	1990
Tasa (en miles)	29.1	31.9	32.3	24.7	15.1
Población (millones)	27.376	37.073	51.176	69.393	86.214

¹⁰ A pesar de que la juventud es todavía característica de la pirámide de población ésta ha reducido su base si se la compara con la distribución de edades de los años sesenta.

¹¹ De acuerdo con los datos del censo, en 1980, 43% de las mujeres estaba en edad fértil, y en 1990, 49%. Martínez, 1991: PM 5.1.



educativos¹² que logran separar la sexualidad de la reproducción, lo cual adquiere interés si se considera la importancia que tienen en el país la religión y los modelos de socialización tradicionales. Ello significa que las mujeres han debido afrontar conflictos y desarrollar comportamientos reflexivos que implican un rechazo de la maternidad impuesta, de la sobrecarga de hijos y del trabajo doméstico que exige su mantenimiento y cuidado.

La situación ha cambiado sólo en fechas muy recientes porque las mujeres que hoy tienen entre 45 y 50 años estuvieron cuidando a sus siete hijos hasta los 40 años por lo menos. Esto significa que esas mujeres pasaron al menos 20 años de su existencia dedicadas a los hijos, sin posibilidades de realizar otras actividades. La situación no es muy distinta para las siguientes generaciones, pues las

¹²Según la Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud existe una alta correlación entre escolaridad y número de hijos. Así, en 1990 una mujer sin escolaridad tiene 6.14 hijos; con primaria incompleta 5.66; con primaria completa 3.66 y con secundaria y más 2.5 hijos. También influye el tamaño de la localidad en la fecundidad de manera que las mujeres que viven en localidades rurales de menos de 2 500 habitantes tienen 5.85 hijos y las que residen en grandes ciudades tienen tres en promedio (Conapo, 1991: 19).

nacidas entre 1937-1941, tuvieron 5.5 hijos y las nacidas entre 1942-1946, 4.9 hijos (Conapo, 1991: 16).

Sólo las mujeres nacidas a partir de 1960 han tenido posibilidades masivas de elegir la maternidad y el espaciamento de sus hijos, de manera que el tiempo dedicado a su crianza disminuye comparado con el utilizado por sus madres en un tercio si tienen tres hijos y a la mitad si tienen dos.¹³

Este proceso, como lo muestran las innumerables encuestas de fecundidad y los estudios orientados a medir la eficacia de las políticas de control natal, comienza entre las mujeres urbanas de estratos altos y medios, con niveles altos de educación

¹³Un ejercicio teórico, que puede ser de interés para calcular y evaluar los años que la mujer dedica a la crianza consistiría en comparar la situación de una mujer con siete hijos que tiene el primero a los 18 años, que se embaraza cada dos años y que los cuida directamente hasta los 10 años, con otra que en las mismas condiciones tiene cuatro, tres o dos hijos.

Hijo	Edad en que la mujer tiene hijos	Edad en que deja de cuidarlos directamente	Años de crianza
<i>Caso 1: 7 hijos (Generaciones de mexicanas que hoy tienen entre 45 y 50 años)</i>			
1	18	28	
2	20	30	
3	22	32	
4	24	34	
5	26	36	
6	28	38	
7	30	40	23
<i>Caso 2: 4 hijos (Generaciones de mexicanas que hoy tienen entre 40 y 44 años)</i>			
1	18	28	
2	20	30	
3	22	32	
4	24	34	17
<i>Caso 3: 3 hijos (Generaciones de mexicanas que hoy tienen entre 30 y 40 años)</i>			
1	18	28	
2	20	30	
3	22	32	
<i>Caso 4: 2 hijos</i>			
1	18	28	
2	20	30	13

Es claro que si se disminuye el tiempo de cuidado directo de 10 años a siete que es la edad en que los niños entran a la escuela, el tiempo total disminuye tres años para cada caso. Así la que tiene siete hijos se dedicará a ellos 20 años en lugar de 23 y la que tiene dos hijos, 11 años en vez de 13.

en los años setenta y posteriormente se generaliza entre las mujeres de los sectores populares.¹⁴

El menor número de hijos implica una disminución del tamaño de los hogares, lo que posiblemente afectará no sólo el rol de las mujeres como mantenedoras del hogar y los hijos, sino los significados asociados a él.

Debido a que la familia pequeña como fenómeno generalizado que cruza la estructura social es algo reciente, el discurso tradicional sobre ella tiende a prevalecer. Sin embargo, es posible suponer que el nivel de la práctica cotidiana no coincida con él.¹⁵

En efecto, la familia como unidad de producción tiende a desaparecer con la vida urbana y algunas funciones socializadoras se realizan fuera del ámbito de la casa, de modo que los niños y adolescentes así como los adultos que trabajan, pasan mucho tiempo en otros espacios. Estudios de caso y diversas encuestas en la ciudad de México señalan que la familia se abre hacia la sociedad en el sentido anterior, pero la encuesta de ingreso y gasto muestra que 51.4% de las mujeres aún permanecían dentro de los límites del hogar en 1984 ya que dicha encuesta las reporta como dueñas de casa (Martínez, 1991: cuadro TH12).

En todo caso, el porcentaje de mujeres registradas por el censo muestra que la población económicamente dependiente ha disminuido considerablemente, pues en 1950, 88.5% de mujeres fueron consideradas como inactivas, lo que significa que en el largo plazo ellas se han integrado al trabajo remunerado.

El menor número de hijos favorece la integración de la mujer al mundo del trabajo remunerado pero al mismo tiempo, debido a que la organización familiar propende a ser nuclear, los roles de madre-esposa y ama de casa tienden a concentrarse en la mujer, aumentando su carga de trabajo

¹⁴Según las encuestas nacionales de fecundidad, el programa de planificación familiar cubría, en 1976, 30.2% de mujeres en edad fértil, que equivalía a 1.8 millones de parejas de usuarios. En 1990 el número de parejas de usuarios es de 8.4 millones con lo que se está cubriendo 58% de mujeres en edad fértil (Conapo, 1991: 21).

¹⁵Sobre este asunto, es interesante revisar Enrique Alducin Abitia, 1986.

pues en ella se suman además las actividades derivadas del empleo.¹⁶

La modernización económico-social y el control de la reproducción da mayor libertad de movimiento a las mujeres, pero el proceso no está exento de contradicciones porque al parecer instituciones como la pareja y la familia tienden a sufrir transformaciones y conflictos que, en principio, se resuelven desfavorablemente para la mujer. Además de la violencia como un indicador de estos conflictos, que ha comenzado a ser considerado un hecho público, es importante aquilatar el aumento de mujeres jefas de hogar. Para el año de 1960 había en México 12% de jefas de hogar, el cual sube a 15.3% en 1970 (CEPAL, 1986: 32) y baja a 13.8% en 1980 (Censo de Población y Vivienda, INEGI, 1980). La disminución que se observa en 1980 podría obedecer a cuestiones relacionadas con la medición censal más que a una baja del porcentaje de las jefas de familia en la medida que estudios realizados por CEPAL para otros países indican un aumento promedio de 2% de jefas de hogar cada 10 años en las zonas urbanas. Cualquiera que sea la causa de esta disminución, el hecho es que la proporción exacta de jefas de hogar puede ser indicadora de las dificultades que encuentra la mujer para establecer relaciones igualitarias con su pareja o su familia, pero también puede ser leída como una forma más de victimización o, simplemente, como la constatación de un hecho que siempre ha existido y no se hacía del dominio público por temor al rechazo social o por las formas que tradicionalmente asumió la familia.

El significado y las consecuencias de la jefatura femenina en la organización de la familia aún no han sido desentrañados pues aunque se trata de

¹⁶Numerosas investigaciones prueban que cuando las mujeres realizan actividades remuneradas y tienen hijos, generalmente hay otra mujer, ya sea pariente o una empleada, que asume el trabajo doméstico. El cónyuge y los hijos hombres participan muy poco en las actividades del hogar. Éste es un patrón generalizado entre las clases medias (Blanco, 1989), en los sectores populares (Sánchez y Martini, 1987) y en el medio campesino (Selva, 1985). Para una visión general de este y otros temas relacionados con el trabajo doméstico, véase De Barbieri, 1984.

un fenómeno generalizado su detección es reciente. Un estudio realizado en siete ciudades latinoamericanas (Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Lima, Callao, Panamá y San José) indica que se trata de un fenómeno eminentemente urbano y que se desarrolla en dos sectores muy distintos de mujeres. En efecto, las jefas de familia son más frecuentes entre los sectores más pobres, donde existe un alto desempleo masculino y también entre los estratos medios y altos donde la mujer posee niveles altos de educación y trabaja como profesional o en posiciones directivas (CEPAL, 1986: 28-45).

De ahí que se pueda suponer que en ciertos casos, en el de las mujeres de bajos ingresos, la jefatura del hogar no sea sino una consecuencia de la pobreza y por tanto, expresa una forma más de victimización, pero en los otros casos probablemente indique que las mujeres ya no aguanten ciertas formas de trato cuando, al recibir ingresos suficientes y controlar su reproducción, se encuentran en una relación poco satisfactoria. Hay que considerar, además, que las tendencias de estadísticas provenientes de grandes universos de población esconden fenómenos nuevos que se desarrollan, incluso, en mujeres de los sectores populares. No se puede dejar de mencionar que entrevistas con mujeres con ingresos bajos pero estables expresaron preferir “estar solas que mal acompañadas” (Tarrés y Fortuny, 1989).

Sin embargo, la mayoría de las mujeres se incorporan al mercado de trabajo condicionadas por su situación en el mundo doméstico y de la reproducción. Diversas investigaciones señalan que la edad, el estado civil, el tener o no hijos y el tener hijos de ciertas edades presenta asociaciones significativas con la entrada o el retiro de la mujer al mercado de trabajo.¹⁷

¹⁷ La información censal muestra que la edad influye en la participación de las mujeres en el trabajo asalariado pues se concentra en las edades jóvenes. Así, información sistematizada para distintos años, muestra que en México un porcentaje alto de mujeres trabajan hasta los 24 años, y disminuye a partir de los 25. Este patrón es distinto al de los hombres, pues ellos se incorporan más tarde y aumentan paulatinamente, Martínez, 1991: cuadro TM 61, citado de PREALC-OIT, *Mercado de trabajo en cifras, 1950-1980*, Santiago de Chile, 1982.

Esto significa que una integración igualitaria de la mujer al mundo del trabajo remunerado exigiría una redefinición del papel de los hombres, maridos e hijos, al interior de la familia y del hogar, ya que no basta con que la mujer asuma el control de su capacidad reproductiva, que separe la reproducción de la sexualidad y/o que tenga un menor número de hijos para disminuir el peso de las determinaciones domésticas y reproductivas en su vida laboral.

Sin embargo, las consecuencias de la transición demográfica se perciben desde hace pocos años en el país de manera que es difícil aún evaluar cómo los cambios en el tamaño de la familia afectan la organización familiar, el papel de la mujer y las representaciones simbólicas relacionadas con ellos.

Existen indicios de interés cuando el análisis de la información se descompone por niveles regionales o sectoriales, ya que ello influye en que la participación de la mujer adquiera modalidades estables,¹⁸ se incorpore a sectores distintos que el de servicios y configure una “masa crítica” de manera que forme parte de la definición misma del sector y pueda influir en su organización y orientación. ❧

Información proporcionada por Conapo para 1970 muestra que la tasa de actividad económica de las mujeres varía según el estado civil y de acuerdo con la presencia de hijos (citado en Barquet, 1991: 9).

<i>Tasa de actividad económica de las mujeres (1970)</i>			
<i>Estado civil</i>	<i>Tasa global</i>	<i>Sin hijos</i>	<i>Con hijos</i>
Casadas	8.5	15.9	7.6
Unión libre	12.0	15.7	11.2
Viudas, separadas, divorciadas (jefas de familia)	28.7	23.7	29.4
Solteras (jefas de familia)	24.1	23.4	41.4

¹⁸ Aparte de los trabajos de De Oliveira y García, y de Pedrero, existen muy pocas investigaciones orientadas a sistematizar información censal o de las encuestas nacionales y regionales que consideren el tema de la integración de la mujer al mercado de trabajo.

NOVEDAD EDITORIAL

presunción que, pudiendo ser razón, pretende ser necesidad? ¿Cuál el dolor puede ser que, en repetido llorar, es su re-
chaque el no ver? ¿Cuál es aquella atención que, con humilde denuedo defendido con el miedo, da esfuerzos a la ra-
ebol de jurisdicción tan bella que, inclinando como estrella, deslumbra como sol? ¿Cuál es aquel atrevido que, inde-
a respeto callado y es agravio proferido? ¿Qual podrá ser el portento de tan noble calidad que es, con ojos, ceguedad
nto? ¿Cuál es aquella deidad que, con medrosa quietud, no conserva la virtud sin favor de la maldad? ¿Cuál es el

Sor Juana Inés de la Cruz

ENIGMAS

Ofrecidos
a la Casa
del Placer

Edición y estudio
de Antonio Alatorre

EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,

Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, o correo electrónico: elibro@colmex.mx



EL COLEGIO
DE MÉXICO

El Colegio es
conocimiento
ciencia y cultura



Publicaciones
El Colegio de México, A.C.